

2. Cómo pueden ser nuestras iglesias pacifistas en una sociedad violenta

por Dionisio Byler — Agosto, 2008

Si ayer prefería cambiar el enfoque de mi tema para hablar, no del pacifismo en general, sino de lo que significa seguir a Jesús, hoy empezaría por preguntarme la pregunta inversa a la que nos propone nuestro tema. No tanto: ¿Cómo pueden ser nuestras iglesias pacifistas en una sociedad violenta?, sino: ¿Cómo es posible que las iglesias cristianas sean ninguna cosa **otra** que pacifistas, a la luz de la violencia insoportable que padece nuestra sociedad? ¿Qué solución pensaríamos poder dar a la problemática de la sociedad, si ni siquiera nuestras iglesias tuvieran claro que la violencia misma es el enemigo a combatir?

Ayer procuré explicar cómo la profunda convicción de Jesús —de que tenía que amar a sus enemigos personales y nacionales y a los mismísimos enemigos de Dios— estaba arraigada en el mensaje del Antiguo Testamento. Hoy quiero examinar el testimonio unánime de todos los autores del Nuevo Testamento, que nos instruyen sostener nosotros esa misma actitud que tuvo Jesús.

Sé que nuestro tema de hoy podría enfocarse de otras maneras. Podríamos tomar la sociedad moderna como punto de partida para ver si es posible sostener el seguimiento de Cristo como alternativa realista. Podríamos hablar de la necesidad de situarnos en simpatía ideológica con las víctimas de todo tipo de violencia, víctimas que se suele argumentar que es necesario defender de todas las maneras posibles —incluso, si hace, falta, con la violencia justa o justiciera. Y si hubieseis invitado a otra persona, quizá ese otro tipo de reflexiones, de tipo sociológico, ideológico o filosófico serían el resultado. Pero me habéis invitado a mí. Y yo procuro no predicar otra cosa que a Cristo y no conocer otra sabiduría que la de la Biblia. Así que éste es el enfoque que daré a nuestras reflexiones para esta mañana: El testimonio del Nuevo Testamento acerca de la naturaleza de la iglesia como cuerpo de Cristo, que mantiene vivo, vigente y eficaz —en todo tiempo y lugar— el ministerio de Jesús.

Si hay un tema en el que los diversos apóstoles que escribieron lo que hoy constituye nuestro Nuevo Testamento cristiano ponen todos ellos de manifiesto su continuidad con el pensamiento de Jesús de Nazaret, es el tema de no devolver mal por mal.¹ La actitud fundamental cristiana de no devolver mal por mal sino resistir contra el mal haciendo el bien, es tan obvia que debiera ser innecesario fijarnos en ella expresamente. Pero dieciséis siglos de guerras, persecuciones y cruzadas; inquisición, espada y horca; crueldad, revanchismo y venganza ilimitada —todo ello cometido por cristianos piadosos y creyentes— nos exige detenemos en destacar lo fundamental que es este tema como expresión inconfundible del conocimiento verdadero del Dios y Padre de Jesucristo.

- **Mateo.** *Os han enseñado que dicho está: «Ojo por ojo» y «Diente por diente». Sin embargo yo os mando no resistir por medio del mal. [...] Os han enseñado que dicho está: «Amarás a tu compañe-*

¹ Aquí sigo, con leves revisiones, la redacción de mi asignatura para Taller Teológico de SEUT, *Hablar sobre Dios desde la Biblia*, lección N° 12, tema N° 2.

ro y odiarás a tu enemigo». Sin embargo yo os mando: «Amad a vuestros enemigos e interceded en oración por los que os persiguen, para pareceros a vuestro Padre celestial». Porque él hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos (Mt 5,38-39.44-45).²

Me limitaré a resaltar tres cosas en estas frases de Jesús que rivalizan, todas ellas, por reclamar nuestra atención:

- ◆ No se conoce ningún otro caso de un rabino judío que se atreviera a reclamar una autoridad personal tan exagerada para interpretar la voluntad divina como lo hace Jesús cuando dice: «Os han enseñado que dicho está: [...] Sin embargo yo os digo...» Al final del Sermón del Monte, Mateo nos comenta que «Se quedaron estupefactos los corrillos [que se pusieron a discutir] sobre su enseñanza, porque les estaba enseñando como quien tiene autoridad y no al estilo de sus letrados» (Mt 7,28-29). Jesús parece estar buscando provocar una confrontación. Frente a la larga tradición de interpretación oral de la Escritura, donde siempre era de rigor citar antecedentes rabínicos para la opinión vertida, Jesús parece proponerse un volver a empezar desde el propio texto bíblico, entendido con frescura y sencillez y originalidad. Ese desparpajo, que dejó boquiabiertos a sus contemporáneos, obligaba a todos a definirse. O se aceptaba esta nueva manera de entender y vivir conforme a la revelación divina en la Ley, o no quedaba más remedio que oponerse.

Sin embargo el caso es que en los ejemplos que nos da Mateo de cuando Jesús razonaba así («Os han enseñado que dicho está: [...] Sin embargo yo os digo...») el resultado es luminoso, claro y convincente. Su interpretación de la intencionalidad del texto comentado no sólo es verosímil sino persuasiva. En efecto, es **esto**, y no ninguna otra cosa, lo que Dios parece exigir de nuestra conducta. (En este caso que nos ocupa, en relación con el enemigo.)

- ◆ Lo que «sin embargo» nos instruye Jesús es que aunque en un incendio forestal sea razonable luchar con fuego contra el fuego, **el mal no se puede combatir con el mal**. Añadir un mal a otro no elimina el mal sino que lo multiplica. El enemigo rara vez «escarmienta» —el efecto deseado por el empleo «justo» del mal— sino que tiende a reafirmarse en los sentimientos de victimismo, inseguridad y odio que harán inevitable la reanudación de otro ciclo de males. La única venganza que es capaz de superar esa violencia cíclica es aquella venganza que ejecute soberanamente Dios mismo. Si al asesino o al tirano lo parte un rayo o se cae de su caballo y se desnuda, sus íntimos y sus seguidores no hallan en ello excusa para ensañarse contra sus enemigos, que nada han tenido que ver con aquella muerte.

Nuestras democracias modernas nos han habituado a pensar que el estado puede ejercer esa función de juez imparcial e impersonal de venganza divina; pero los brotes de terrorismo nos indican que puesto que el estado también puede ser concebido como un enemigo al que combatir con sus propias armas, la justicia estatal nunca puede sus-

² Aquí y en todos los textos a continuación, pongo mi propia traducción, que sería conveniente cotejar con ediciones impresas del Nuevo Testamento en castellano.

tituir eficazmente aquella única venganza que **elimina las enemistades**: la venganza ejecutada por Dios mismo, sin intermediarios humanos.

- ♦ Sin embargo Jesús no nos quiere llevar a una reflexión ética con fundamentos puramente prácticos o utilitarios sobre la retribución que satisfará nuestros odios y nuestra sed de venganza. Jesús prefiere hacernos una asombrosa invitación a **amar** al enemigo, y fundamenta esa invitación en **una afirmación teológica**. **Es porque Dios es así** que nosotros debemos actuar así. Jesús afirma que el sol y la lluvia son de Dios, suyos para distribuir según a Dios le parezca justo y oportuno; y sin embargo él los derrocha sobre buenos y malos, sobre justos e injustos por igual. Es inspirados por el ejemplo de esa generosidad inesperada, por virtud de esa misma gracia inmerecida que recibimos — gracia divina que no guarda ninguna relación posible con nuestros cálculos de méritos, virtudes y consecuencias razonables — que debemos actuar nosotros también en relación con nuestros enemigos.

Se pueden hallar —y se han hallado— muchas formas de razonar para explicar que lo que Jesús nos pide no es razonable o que no es posible ni tampoco deseable. Pero lo que nadie nunca ha conseguido argumentar convincentemente es que Jesús no dijo esto o que quiso decir otra cosa diferente: Estemos de acuerdo con él o no, lo que está claro es que él opinó que manifestamos ser «hijos de Dios» en la medida que, como Dios, perdonamos y actuamos con gracia inmerecida a favor de nuestros enemigos, es decir, los «amamos». Será cierto el refrán de que «Errar es humano y perdonar es divino», pero el caso es que Jesús nos invita a asumir ese rasgo —precisamente ese y ningún otro— de la divinidad.

- **Marcos.** *Y cuando estéis orando, perdonad si es que tenéis alguna cosa contra alguien, para que vuestro Padre celestial también os perdone vuestras faltas* (Mr 11,25). En este punto una de las tradiciones de transmisión textual añade un versículo 26: *Pero si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras faltas*. Cabe imaginar que tal vez la severidad del versículo añadido vaya más allá de la intención de Jesús que, como ya hemos visto, según Mateo prefiere fundamentar nuestra conducta en la imitación de la gracia divina. (Dios ama y perdona, por eso nosotros amamos y perdonamos; y no al revés, que Dios perdone por imitar el ejemplo nuestro.)

En cualquiera de los dos casos, la invitación a perdonar a los que nos han tratado con enemistad —y hacerlo en el contexto de nuestra vida de oración, como personas que solemos hablar nuestras cosas con Dios— queda clara: En un caso, si decidimos admitir como parte de nuestro texto bíblico el versículo 26, está claro que el propio perdón divino hacia nosotros depende expresamente de nuestra disposición a convivir pacífica y armoniosamente con los que nos han hecho mal, sin rencores ni odios. Y en el otro caso, especialmente si como es de suponer, Jesús pronunció esta instrucción en arameo o hebreo, el vocablo que indica efecto puede indicar también causa: perdonamos **porque** nuestro Padre nos perdona.

Pero en cualquier caso perdonamos.

Supongo que hubiera sido de desear que Jesús matizara, que hubiera expresado algún reconocimiento de que hay atrocidades que es muy difícil perdonar. ¿Este perdón es el

que hubiera recomendado Jesús, por ejemplo, a sus tíos y tías y a los amigos de sus padres en Belén, cuando el rey Herodes mandó asesinar a los bebés? Puesto que algunas de sus parábolas, pobladas de esclavos y amos, terratenientes avaros, nobles privilegiados y campesinos oprimidos, indican una situación social de violencia sistémica —al filo de explotar en violencia revolucionaria— tenemos que suponer que si Jesús entendía que el perdón de los enemigos no era aplicable a alguna situación de extrema crueldad, oportunidades no le faltaron para decir claramente que había excepciones a la regla.

- **Lucas.** *Tratad a los demás como queréis que os traten. Igual. Si amáis a los que os aman ¿qué gracia tiene? ¡Los pecadores también aman a los que les aman! Y si tratáis bien a los que os tratan bien, ¿qué gracia tiene? ¡Eso mismo hacen los pecadores! Y si prestáis sólo donde pensáis recibir, ¿qué gracia tiene? ¡Los pecadores también prestan para recibir lo mismo! Sin embargo amad a vuestros enemigos y tratadlos bien y prestad a los que no inspiran ninguna esperanza. Y será abundante vuestra recompensa y os pareceréis al Altísimo, puesto que él mismo es compasivo con los desgraciados y detestables (Lc 5,31-35).*

Una vez más, nuestra conducta —especialmente con relación a nuestros enemigos naturales, los de diferente condición social, los que nos miran mal y tratan mal, los que nos tienen una rancia inquina y un odio declarado— se ha de basar en el ejemplo de la gracia divina. Jesús parece esforzarse por hacer que el concepto de la gracia de Dios —sin la cual estaríamos perdidos, sin ningún tipo de esperanza en esta vida ni en la otra— sea un ejemplo que cunda en nuestro trato con los enemigos. ¡Pero, si es que nosotros somos naturalmente enemigos de Dios! O lo fuimos, al menos, hasta que él consiguió derribar la barrera de la enemistad que le teníamos, por virtud de su amor y su gracia.

Lucas cierra este párrafo de su evangelio con el siguiente resumen: *Sed compasivos como vuestro Padre también es compasivo (Lc 6,36)*. No nos deja lugar al victimismo, a ir de víctima por la vida, alimentando nuestros resentimientos por las gravísimas heridas físicas, psíquicas, emocionales —incluso espirituales— recibidas por los abusos de nuestros enemigos. No, para compadecerse de nosotros está Dios. De manera que podemos dejar de compadecernos de nosotros mismos y empezar a ver **al enemigo** con compasión.

Otra vez una virtud esencial de Dios, su gracia y compasión en su trato con sus enemigos (nosotros), es su cualidad que hemos de emular. Jesús no entiende que nadie se conforme consigo mismo, que nadie aspire a ser menos que Dios en esta virtud.

- **Juan.** En Juan no tenemos textos como esos, que hablen expresamente sobre la meta de vivir en paz y armonía con los enemigos, habiéndolos perdonado y amado en imitación del amor, la compasión, la gracia y el perdón divinos. ¿O sí? *Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os amé. Mayor amor que éste no tiene nadie: que alguien entregue su vida por sus amigos (Jn 15,12-13)*. Leídas así, aisladamente, estas palabras de Jesús parecen estar hablando, en todo caso, de cómo sacrificarse por el bien de los **amigos**. Pero desde el primer capítulo, el evangelio según Juan viene desarrollando el tema de «el mundo» que es de Jesús pero que le rechaza, un mundo que le odia y persigue y también odiará y perseguirá a sus discípulos. Un mundo, sin embargo, que el Hijo vino a redimir por el amor inefable del Padre. «Porque de tal manera amó Dios **al mundo...**» —a ese mundo que es enemigo declarado del Padre y del Hijo y de los discípulos de Jesús.

En Juan, entonces, Jesús no tiene «enemigos» sino un mundo que es suyo, que le pertenece por derecho de Creador, pero que le odia hasta la muerte y que tratará con crueldad a sus seguidores, pero que él sigue amando (como el Padre ama al mundo). Y por tanto ese mundo —conjuntamente con los discípulos que le siguen— constituimos todos juntos esos «amigos» por los que Jesús entregará su vida. Si en Juan Jesús no tiene «enemigos», entonces, es porque ha preferido vernos a todos como «amigos». Y ese amor que le lleva a entregar la vida por sus «amigos» —entre los que está ese «mundo» que le odia y persigue a muerte— es el que han de imitar sus seguidores.

- **Pablo.** Hay pocos temas en los que sea tan evidente la continuidad del pensamiento de Pablo con el de Jesús:

Su enunciación más clara y sencilla se encuentra en 1 Tesalonicenses 5,15: *Mirad bien, no sea que alguno devuelva mal por mal. Al contrario, seguid siempre el bien entre vosotros y para con todos.*

El archiconocido capítulo 13 de 1ª Corintios —que versa sobre el amor— contiene algunas expresiones que siguen esta misma línea: *El amor es sufrido, benigno es el amor; no envidia [...] no se enrabia ni guarda rencor [...] disimula todas las ofensas sufridas [...] todo lo aguanta* (1 Cor 13,4.5.7). En relación con ese amor de Cristo que procura la paz entre enemigos declarados, podríamos añadir aquí el siguiente pensamiento de Romanos 13: *El «no cometerás adulterio, no asesinarás, no robarás, no envidiarás» —y si hay algún otro mandamiento— se resumen en una sola cosa: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». El amor no emprende ninguna acción mala contra el prójimo. Por tanto, el cumplimiento de la Ley es el amor* (Ro 13,9-10). Si los cristianos (y aunque nadie más) estuviésemos dispuestos a vivir con esa definición del amor —*el amor no emprende ninguna acción mala contra el prójimo*— este mundo sería un lugar infinitamente mejor.

No podemos abandonar a Pablo ni su carta a los Romanos sin incluir todavía la siguiente cita: *Que nadie devuelva mal por mal. Proponed el bien ante todas las personas. Siempre que podáis, vivid en paz con todas las personas. Amados, no os venguéis vosotros mismos. Al contrario, apartaos de la ira. Porque escrito está: «Mía es la venganza, yo restituiré», dice el Señor. Al contrario «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber [...]» Que no te domine el mal sino domina tú el mal con el bien* (Ro 12,17-21). He dejado sin traducir la última parte del versículo 20, donde entiendo que Pablo citó textualmente la versión griega de Proverbios pero tenía en mente lo que realmente pone la versión hebrea: *Si el que te odia tiene hambre, dale a comer pan; y si tiene sed, dale a beber agua. Porque así tú harás que se le enfríe la cabeza* (literalmente: *recogerás las ascuas que están sobre su cabeza*) y el Señor te concederá paz (Pr 25,21-22). Este proverbio que cita Pablo es especialmente apto, porque indica que hay acciones que nosotros podemos emprender para enfriar los ánimos exaltados, pero la paz no es un resultado automático sino algo que en el mejor de los casos nos concederá el Señor. Pablo ya ha admitido (Ro 12,18) que no siempre es posible vivir en paz con todos. Lo que sí es posible es no «echar leña al fuego» con acciones tan malintencionadas como las del enemigo que nos la tiene jurada.

- **El autor** (o la autora) **de Hebreos.** Por si acaso este libro anónimo no fue escrito como se suponía antiguamente por Pablo, consideraremos también su testimonio de forma expresa:

Por tanto, puesto que tenemos semejante nube de testigos, deshagámonos de todo estorbo y del pecado que nos rodea, corriendo con paciencia la prueba que tenemos por delante. Pongamos los ojos en Jesús, el modelo y la perfección de lo que supone ser fiel. Él, ante el gozo que le aguardaba, soportó la cruz (despreciando su ignominia) y está sentado a la diestra del trono de Dios. Porque debéis tener presente tamaño aguante frente a la gente mala que se le opuso, para que el desánimo no invada vuestras almas y abandonéis. Hasta ahora vuestra resistencia contra el pecado no os había exigido la sangre (He 12,1-4). El lenguaje es militante. Hay un conflicto a muerte. Hay enemigos que someten a buenas personas, como Jesús, a la vergüenza y el horror de la cruz. El conflicto hasta ahora no nos ha exigido dar la vida pero en breve eso cambiará. En todo esto, sin embargo, Jesús es el modelo y la perfección de lo que supone ser fiel. (O «autor y consumidor de la fe», como traducen otros, lo cual aquí viene a significar lo mismo.) El martirio es una posibilidad real. Lo que **no** es posible es emprenderla contra los enemigos con sus mismas armas asesinas.

La muerte de Jesús **derrotó la enemistad** precisamente porque se negó a ser enemigo de nadie. Ahora nos tocará a nosotros seguir su ejemplo.

- **Santiago.** *¿Quién es sabio y docto entre vosotros? Que demuestre desde la buena conducta cuáles son sus obras en sabia mansedumbre. Porque si os consumen la amarga envidia y la agresividad tozuda, por lo menos no presumáis de ello ni mintáis contra la Verdad. No es ésta la Sabiduría derramada desde lo alto —sino terrenal, instintiva, diabólica. Porque donde hay envidia y agresividad, allí habrá perturbación y toda obra asquerosa. En cambio, la Sabiduría de lo alto es en primer lugar pura, luego también pacífica, razonable, dócil, llena de compasión y de todo fruto del bien, que no juzga al prójimo ni disimula sus propias intenciones. Es decir que el fruto de la justicia se siembra en paz para los activistas por la paz (Stg 3,13-18).*

Este mismo espíritu cristiano lo expresa Santiago más adelante, cuando después de describir los efectos nefastos de la acumulación de riquezas por unos pocos, los acusa de que: *Habéis condenado y asesinado al que es justo, que lo acepta sin rechistar (Stg 5,6)*. Los justos, según Santiago, siguen procediendo como el Justo, Jesús, derrotando la enemistad al negarse a comportarse como enemigos de nadie —ni siquiera de los ricos que los están explotando y asesinando. Santiago tiene también plenamente interiorizada, entonces, la enseñanza y el ejemplo de Jesús, de que el mal jamás se podrá derrotar con el mal.

- **Pedro.** Si hay una institución humana que podríamos considerar como situación límite, el colmo y la cumbre de la injusticia y enemistad en el trato entre seres humanos, tiene que ser la de la esclavitud. Aunque las sociedades esclavistas siempre han cultivado el mito de la armonía y lealtad y el afecto entre amos y esclavos, la esclavitud por su misma naturaleza es la institucionalización del desprecio, la desigualdad y la más profunda de las enemistades jamás conocidas por la humanidad. Por eso es especialmente significativo el consejo que da Pedro a los esclavos cristianos, en cuya sumisión él ve encarnada la quintaesencia del espíritu de Cristo:

¿Qué mérito tendría aguantar bofetadas cuando desobedecéis a vuestros amos? Sin embargo cuando los tratáis bien y con todo os castigan y entonces lo soportáis en silencio, esto es nada menos que gracia divina. A esto habéis sido llamados, porque Cristo también sufrió [injustamente], dejándoos su ejemplo para que sigáis sus pisadas (1 P 2,20-21).

Pedro no escribe esto para defender la esclavitud ni escudar a los amos, la terrible injusticia de cuyas acciones y actitudes queda así en evidencia —equiparada a la de la humanidad que crucificó a Cristo. No, Pedro escribe esto como expresión natural del principio aprendido de las palabras y el ejemplo de Jesús. No se puede vencer el mal con el mal sino atreviéndonos a ser agentes de la gracia divina: devolviendo bien por mal, siguiendo las mismísimas pisadas de nuestro Señor Jesús, en un sufrimiento redentor que anula las enemistades.

- **1 Juan.**³ El «anciano» autor de esta carta, expresa reiteradamente la idea de que nosotros somos hijos, así como Jesús es hijo. No sólo somos **llamados** hijos de Dios, sino que **eso somos** (3,1). Hemos **nacido de Dios** (literalmente, «hemos sido engendrados por Dios» (3,9) y por eso no podemos «desviarnos de como se comportó Jesús» (que es lo que significa aquí el verbo *pecar*). Y en cuanto a la «unción», que hace que quien la reciba sea un «ungido» (en griego, *christós*), esa es también una cualidad nuestra (2,30.27).

Como otros escritos del Nuevo Testamento, el autor de 1 Juan quiere poder decir a la vez, que Jesús es especial y único (el «Hijo unigénito de Dios» [4,9]); y que nosotros sus discípulos somos como él es: «Queridos, ahora ya somos hijos de Dios aunque todavía no se ha visto del todo lo que llegaremos a ser, que cuando por fin esto se vea, seremos calcados a él, por cuanto lo veremos tal cual es» (3,2). Aquí viene a cuento la idea de los tres testigos, «el viento, el agua y la sangre» (5,8). Tal vez hubiéramos esperado la luz o el fuego —no la sangre— entre los elementos que dan testimonio sobre el Hijo de Dios. Pero los traductores de nuestras Biblias aciertan al entender que en lugar de «el viento» hay que entender «el Espíritu» (de Dios). «El agua» sería entonces un segundo **bautismo**, junto con el del Espíritu. Pero el otro testimonio (la palabra griega «testimonio» es *martyría*) es el del bautismo **de sangre**. Es la disposición a morir renunciando a la defensa propia, igual que Jesús, lo que da singular testimonio de que el camino que escogió Jesús es el correcto para salvación de la humanidad.

La Iglesia es aquella comunidad de Hijos de Dios que por amor han renunciado, como Jesús, a la fuerza bruta como medio para procurar la justicia.

También hay muchos y no sólo un «anticristo», por cierto. Si leemos con atención lo que pone sobre ellos, se trata de personas que habían empezado dentro de la comunidad de los discípulos de Jesús, pero luego se han apartado. Ya no se comportan como se comportó Jesús. Manifiestan conservar todavía aquella antigua naturaleza **contraria** a la «unción» que nos hace «ungidos» (*crístos*) con conductas que imitan la de Jesús. Esto los sitúa «contra Cristo», es decir, hace que sean «anticristos».

Los tales no tienen cabida dentro de la Iglesia. No hay un «Plan B». No hay una segunda vía, la de los sacramentos por ejemplo, para que las personas que no son «crístos» en su conducta, sean otra cosa que «anticristos». No estamos hablando aquí de un perfeccionismo inalcanzable. No se trata de unos máximos de santidad, sino de lo mínimo exigible: la renuncia a devolver mal por mal.

³ En este punto sigo, con leves revisiones, algunos párrafos escritos para mi asignatura para Taller Teológico de SEUT, *Hablar sobre Dios desde la Biblia*, lección N^o 8, tema N^o 4.

La iglesia cristiana y el testimonio del judaísmo tradicional⁴

Una de las cosas que llaman la atención en la argumentación de la carta del apóstol Pablo a los Romanos, es su convencimiento de que el llamamiento especial de Israel no desaparece con la llegada del cristianismo (Ro 9-11). Aunque a los cristianos de origen no judío nos pueda resultar molesta esa idea de una elección perdurable de Israel, quizá Pablo intuía algo del papel que todavía le quedaba a su raza como ejemplo de la forma de vida que instruyó Moisés y predicó Jesús.

Como observa el teólogo John H. Yoder,⁵ en los dos milenios y medio desde el inicio de la diáspora, los judíos han vivido como una minoría a veces tolerada, otras veces perseguida, obligada a sobrevivir sin acceso directo al poder político y militar. Para ello han seguido el programa trazado por la carta de Jeremías a los exiliados (Je 29,4-7). Despreciados y vituperados — como el Siervo Sufriente de Isaías y como el propio Jesús — se han mantenido fieles a lo que entendían que Dios les exigía (según el entendimiento que tenían). Esto a pesar de padecer episodios de crueldad exquisita como la sufrida con los Reyes Católicos de España, con las persecuciones bajo los zares rusos, y con Hitler a mediados del siglo XX. Su existencia ha sido forzosamente pacífica, no violenta y marginal, obligados a una ejemplaridad fulgurante frente a la crueldad de los regímenes cristianos que les ha tocado padecer.

Es posible afirmar esto a pesar de dos excepciones notables a la regla: El breve período de independencia y lucha armada por mantenerse como un estado judío entre los siglos II a.C. y I de nuestra era; y el presente estado de Israel, de poco más que medio siglo de duración hasta el momento, un estado precario, cuyo futuro es incierto y en el que sólo reside una minoría de los judíos del mundo.

En tanto que los cristianos no nos desenganchemos de nuestra adicción al poder, puede que a través de los siglos y milenios, la diáspora judía haya sido lo más parecido, en la práctica real, a una encarnación perdurable de los principios predicados por Jesús.

El «sionismo cristiano» entonces, al alentar y fomentar el militarismo israelí y el desafortunado enfrentamiento bélico entre descendientes directos de Abraham, resulta atractivo para muchos cristianos precisamente porque un judaísmo militarizado y enamorado del poderío político y bélico, les resulta comprensible y «natural», por parecerse tanto al cristianismo militarizado de los últimos dieciséis siglos. Si los judíos se parecen a los cristianos en este particular, los cristianos ya no tenemos que contender con el testimonio judío que contrasta tan sublimemente con nuestra propia infidelidad histórica.

Los cristianos, que llevamos tantos siglos matándonos entre nosotros y subyugando pueblos «paganos», no podíamos menos que sentir un profundo malestar ante la presencia en medio nuestro, del pueblo judío con su tradición milenaria de bajar la cabeza y esperar que

⁴ Aquí sigo, con leves revisiones, algunos párrafos escritos para mi asignatura para Taller Teológico de SEUT, *Hablar sobre Dios desde la Biblia*, lección N° 6, tema N° 4.

⁵ John H. Yoder, "See How They Go With Their Face to the Sun" (© 1997 W.B. Eerdmans Co.; traducido con permiso al castellano en:

http://www.menonitas.org/publicaciones/yoder_mirad_como_van.pdf).

pase la furia de las tormentas políticas y militares, confiando humildemente que Dios les daría posteridad en la tierra a pesar de sus muchos enemigos. Quizá lo molesto que nos resultaba ese testimonio explica —en parte, por lo menos— la furia del antisemitismo cristiano. Antisemitismo, del que el «sionismo cristiano» acaso no sea más que una variante, puesto que el judaísmo que alienta y apoya, es éste que por fin se nos parece: despreciando la vida del prójimo que es «diferente» y entregándose a las armas en lugar de esperar en Dios. Así podemos seguir considerando que el judaísmo tradicional, el de siempre desde la generación de Jeremías, es históricamente irrelevante.

La iglesia cristiana como «cuerpo de Cristo»

Pero Pablo había abrigado otra esperanza para el movimiento cristiano al que entregó su vida y sus desvelos. Él entendía que Jesús no sólo había resucitado y ascendido al cielo, sino que estaba siempre presente en las asambleas de los creyentes que se reunían en su nombre. «Cristo en nosotros» y «nosotros en Cristo», hay una unidad de propósito y llamamiento y voluntad entre Cristo y su Iglesia, de tal manera que ésta viene a ser el mismísimo «cuerpo» de Cristo. La iglesia es ahora la carne y los huesos y la sangre de Cristo, su persona visible y palpable en medio de la humanidad necesitada del amor de Dios. Cristo no está ausente. Tal vez se haya ido al cielo como lo vieron ascender sus discípulos en Hechos 1, pero a la vez sigue **presente**. Está **aquí**. Sus ojos son los de tu hermana y tu hermano que te ven. Sus manos son las tuyas y las mías y las de todos nosotros. Sus brazos y sus piernas y todos sus órganos y miembros hacemos hoy su obra, como en otra era la había hecho su cuerpo mortal, que crucificaron pero resucitó.

Entre otras cosas que escribió Pablo al respecto, está esta:

Por esto también yo, al oír cómo operan entre vosotros la fidelidad en el Señor Jesús y el amor para con todos los santos, no puedo parar de dar gracias haciendo memoria de vosotros en mis oraciones. Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación de su conocimiento. Que los ojos de vuestra mente sean iluminados para poder contemplar:

- *el pleno alcance de la esperanza de vuestro llamamiento,*
- *la auténtica dimensión de vuestra gloriosa riqueza que heredan de él los santos,*
- *y la grandeza sublime de su poder en vosotros.*

Estas cosas os corresponden a los que os mantenéis fieles por el impulso de la fuerza de su poder. El mismo poder es el que actuó para levantar a Cristo de la muerte y sentarlo junto a Dios en lo más alto —muy por encima de toda majestad y autoridad y potencia y señorío y cualquier otro título que se pueda mencionar, no sólo ahora sino por toda la eternidad. De manera que todo lo que existe se rinde a sus pies y él manda sobre todo, pero muy especialmente en la iglesia. Ella, la iglesia, es su mismísimo cuerpo. Es la plenitud de Aquel que llena totalmente todas las cosas.⁶

En este asombroso párrafo Pablo reconoce en Jesús una gloria y una potestad majestuosa sobre todo lo que existe, ahora y eternamente. Nada hay ni puede haber fuera de Cristo, que lo llena todo y domina sobre todos. Cristo posee una autoridad divina que está muy por encima de cualquiera autoridad e institución humana. En Cristo, de hecho, opera plenamente,

⁶ La traducción/interpretación es otra vez mía. Será útil cotejarla con otras versiones.

a pleno rendimiento, la divina Majestad de Dios mismo, que ha escogido actuar en y por medio de Cristo, para poner en práctica todas sus obras.

Pero si es posible que exista algo que sea más asombroso que esa divina majestad y potencia de Cristo, tiene que ser la realización concreta de ese poder **en nosotros**. Porque todo lo que Pablo dice acerca de Cristo, lo dice para darlo vuelta de inmediato y atribuirlo también a la Iglesia. De hecho, viene hablando sobre la eficacia de la operación de Dios a través de los santos, **antes** de entrar a describir la gloria y majestad de Cristo. El tema que le ocupa no es propiamente Cristo, sino la congregación de los escogidos y santificados por Dios. Es para entrar en mayor detalle sobre el papel que le corresponde a la Iglesia en el mundo, que Pablo necesita explicar el lugar de Cristo en el universo de todo lo que existe en los cielos y en la tierra.

Quizá sea necesario interpretar metafóricamente, como lenguaje figurado o licencia poética, esta idea de la asamblea de los creyentes como mismísimo cuerpo de Cristo. Tal vez estas palabras no quieren decir exactamente lo que parecen querer decir. Pero con todo, **algo** tienen que significar. Entiéndase como se entienda, Pablo dice que la obra de Cristo continúa. Que la presencia de Cristo en el mundo jamás se ha interrumpido. Que el mismo Señor que transitó los polvorientos caminos de Galilea y Judea en forma de Jesús de Nazaret, el hijo de María, ahora se mueve en medio de la sociedad humana en la forma de nuestros cuerpos mortales, los vuestros y el mío.

Y esto significa —y por fin respondo a la pregunta con que empezábamos— que la iglesia no puede elegir si ser pacifista o no. La misión de la iglesia es la misión de Jesús. La obra de la iglesia es la obra de Jesús. Por tanto nuestra forma de actuar, nuestra forma de estar presentes en el mundo, nuestras actitudes y nuestras maneras de comportarnos ya no dependen de lo que a nosotros nos parezca bien o mal, sino que tenemos que poder justificarlas como **prolongación expresa de la vida de Jesús**.

Y si Jesús entendió que era necesario padecer las injusticias del mundo sobre su propio cuerpo en lugar de ejecutar la justicia de Dios en el cuerpo de los demás, es así como Cristo sigue actuando hoy. Lo que está en juego no es que podamos justificar o no ante nuestra sociedad moderna —con sus formas modernas de violencia— abandonar la violencia y dedicarnos a la paz y la reconciliación, al perdón y el amor divino. Lo que está en juego es que seamos o no —de verdad— Cuerpo de Cristo presente en este mundo hoy.⁷

Porque si ya no vivimos como vivió Jesús, si ya no amamos como amó Jesús, si ya no padecemos mansamente las injusticias como las padeció Jesús, quizá la explicación más sencilla es que hemos dejado de ser el auténtico Cuerpo de Cristo.

⁷ Naturalmente, Cristo no es *lo mismo* que la Iglesia. Cristo es **más** que la Iglesia, como cada uno de nosotros somos *más* que solamente nuestros cuerpos. O siguiendo el lenguaje de Pablo, Cristo sería *cabeza* de la Iglesia, por mucho que ésta conforme las otras partes de su cuerpo. El propósito de esta metáfora de la Iglesia como Cuerpo de Cristo no es negar, por ejemplo, la esperanza en el regreso corporal del Cristo ascendido al cielo, sino enfatizar que nuestra manera de comportarnos tiene que ser idéntica a la de Jesús.

Y si eso es lo que ha pasado, entonces todo lo demás es vanidad y palabrería sin ningún propósito ni sentido. En ese caso Cristo se ha marchado de esta tierra y ya no está más entre nosotros. Pero si Cristo ya no está entre nosotros hoy, ¿quién puede asegurar con certeza que algún día vaya a volver? Si ya no vive en esta tierra el Cuerpo de Cristo sino solamente una sombra, un simulacro de iglesia, lo más probable es que todo lo demás que creemos también sean mentiras y engaños. Entonces la humanidad estaría perdida irremediablemente y ya no nos quedaría ninguna esperanza de salvación, sino tan sólo dejar que pase el tiempo hasta que la especie humana se extinga sobre este planeta.

Esto —¡Nada menos que esto!— es lo que está en duda si pensamos que es posible que la Iglesia deje —que cada uno de nosotros dejemos— de amar y perdonar como amó y perdonó Jesús.